

Ser librero, hoy

Juan F. Pons

Librero

Partiendo del concepto de librero y su semejanza con el de bibliotecario, el autor expone las dificultades que encuentran estos profesionales para su formación. Se detiene especialmente en la librería anticuaria y termina indicando cuál puede ser el futuro de esta profesión.

1. Introducción

1.1. Definiciones

Deseo aclarar que cuando diga la palabra "libreros" no me referiré al hombre que ejerce tal oficio, sino que utilizo al masculino plural colectivo. Hay excelentes librerías en todo el mundo, ya que nuestro oficio, como el de los bibliotecarios, es un campo abonado para la incorporación de la mujer al trabajo y a la empresa.

El diccionario Espasa, coincidiendo con el de la R.A.E., define al librero como "persona que tiene por oficio vender libros". Con todo respeto hacia la R.A.E. y hacia Espasa yo discrepo de tan remplona definición. ¡Ya ven ustedes qué heterodoxo! ser librero es algo más que eso: es informar de las obras, de los autores, es poner libros donde no hay hábito de lectura y, en algunos casos, épocas y países, es arriesgarse a un serio disgusto por difundir libros que el poder establecido decide que son "intrínsecamente perversos". No hay que remontarse a los tiempos del "Santo Oficio Inquisitorial" ni a los lugares del Oriente Medio, cargados de "Ayatollahs". En España, sin ir más lejos, en Zaragoza, hace 20 años, le dolió la cabeza a mi padre por unos ejemplares que le pillaron en la librería de la "Crónica del Alba" de Ramón J. Sender. A pesar de ello, mi padre, tozudo como son los aragoneses, siguió teniendo buenos libros en la trastienda.

El librero no decide los caminos de la cultura,

pero permite que cada lector, según su inquietud, encuentre el suyo.

Doy por supuesto que todos aceptamos que el libro es algo más que un producto industrial, aunque esté sometido a las leyes de la economía del libre mercado. Libreros y bibliotecarios tienen el mismo objetivo profesional: poner el libro sobre las manos de los lectores; en un caso como préstamo y en el otro como venta, pero con el mismo fin: ser leídos por un público más o menos aficionados al libro. La pena es que libreros y bibliotecarios sean profesiones paralelas, que, como dice el principio matemático, ni se encuentran ni se cruzan. Echo de menos una mayor colaboración entre libreros y bibliotecarios para una mejor presencia del libro en nuestra sociedad.

Deseo destacar las diferencias entre

- Puntos de venta de libro.
- Librerías-papelerías.
- Librerías.

Todos los puntos de venta del libro, legalmente establecidos y que cumplan con los requisitos laborales y fiscales merecen respeto. Pero una tienda de alimentación naturista y dietética que tiene una sección de libros de la materia, no es una librería. Tampoco lo es una tienda de artículos deportivos con su rincón de libros, aunque obtenga de ellos una rotación de existencias superior a la de muchas librerías. Tampoco lo es la sección correspondiente en unos grandes

almacenes, aunque tenga más volúmenes que muchas librerías y que algunas bibliotecas de pueblo. La clave es, a mi juicio, la dedicación exclusiva al libro y, sobre todo, el estilo de actuación que imprima la persona que dirija el establecimiento. Es decir, librería es aquella empresa comercial de libros, donde haya un(a) librero(a). El librero puede ser el propietario de la librería o el gerente. Para ser librero no hace falta ser dueño de la empresa de librería, aunque sea frecuente. Conozco bastantes casos de excelentes libreros, cuyo vínculo con la librería es laboral, no empresarial. (Esta afirmación me ha valido más de un reproche).

El buen librero es un ciudadano por cuyas manos pasa tanta información, a veces tan contradictoria, que ello le hace ser respetuoso con todo aquello que ignora y poco dogmático con lo que cree conocer.

El oficio de librero es más que el desarrollo de una actividad comercial. Requiere buenas dosis de ilusión y vocación, sin olvidar los conocimientos precisos para la gestión empresarial. Añádase a ello conocimientos bibliográficos, paciencia y aceptar que el oficio de librero es un ejercicio permanente de humildad. Por lo que se ignora y por ser, junto a los bibliotecarios, el eslabón más humilde de la cadena del libro.

Trabajamos en la penumbra (en sentido figurado, claro) mientras que el editor precisa "luz". Lara, Planeta, es un maestro de las "luces". Ejemplo: el mini-escándalo en torno al último premio "Espejo de España" le ha supuesto vender 10.000 ejemplares más de la obra de don Ricardo de la Cierva. En cambio, maestros libreros han hecho su vida en la penumbra. Palau pasó su vida en un trabajo no bien comprendido, aunque ahora sea justamente valorado. Tampoco Vindel brilló especialmente y si es ahora conocido es debido a su faceta de bibliógrafo. Don León Sánchez Cuesta, maestro de libreros, quien no escribió obras sobre bibliografía, pasó la vida casi desapercibido. Vivió larga vida (el polvo y los ácaros del libro son buenos agentes inmunológicos, creo yo). Murió sin llegar a jubilarse del todo, a pesar de su avanzada edad. Tuvo el gozo de ver cumplido su deseo, ya que empezó a sentirse mal en la "rebotica" de su librería de la calle Serrano de Madrid. Hay otros libreros hoy día, maestros vivos, que pasan la vida sin hacer ruido, disfrutando como chiquillos, al pie del cañón,

preparando catálogos y viendo novedades, ampliando sus empresas y creando empleo. Su modestia es bien conocida, por lo que no haré mención de sus nombres. Un librero gallego, residente en Santiago, es capaz de montar exposiciones de libros gallegos en Ginebra o Buenos Aires, sin ayudas oficiales.

Ser librero, ayer y hoy, requiere una gran dosis vocacional, que, como toda vocación, es difícil de transmitir a palabras. Es imposible ser buen librero sin vocación, solamente por ganarse la vida. Esa es una de las claves de que algunas librerías que comienzan con los ahorros de la familia, más algún que otro crédito, no lleguen a cuajar. Les recomiendo la lectura de la obrita de Don Gregorio Marañón "El libro y el librero", fruto del homenaje que recibió de los libreros españoles el día 12 de diciembre de 1952. Pronunció Don Gregorio un discurso memorable, que publicó Espasa Calpe en 1953 y que ha sido reeditado varias veces por separado y en tomos de ensayos. Estoy seguro de que ustedes lo pueden encontrar en bibliotecas. Cervantes, por boca del Licenciado Vidriera puso "tibios" a los libreros, en su invectiva, (menos mal que durante el Siglo de Oro se llamaban también libreros a los editores y siempre queda la duda de quiénes estaban en la mente del inmortal manco cuando zarandeó de tal manera a los "libreros").

1.2. Breve crónica de la librería

Durante la antigua Atenas se inició la actividad del "bibliopolae" dedicado a la venta de los roldes, realizados por los copistas. (Claro que siempre resulta que los chinos...). En la antigua Roma, en la zona del "Argileto", se ubicaban las librerías. El interior de esos locales presentaba un aspecto similar al de las actuales librerías, salvando las inevitables diferencias... Los armarios de madera en donde se colocaban los rollos, dieron lugar a que el poeta bilbilitano Marco V. Marcial llegase a definir las librerías como "nidi" (nidios).

Las reuniones de intelectuales en época de dictadores como Calígula y Nerón y alguna de conspiradores, encontraban en las "bibliopolae" lugar adecuado y discreto, tal como relata Aulo Gelio en sus "Noches Aticas". Había libreros que tenían esclavos y libertos dedicados por completo a copiar los libros que debían ser enviados a las bibliotecas del Imperio Romano. Cicerón

menciona a su librero y amigo Pomponio Atico. Horacio hace lo propio con los hermanos Sosio, también libreros. En Córdoba, durante el Califato, hubo una calle "de los libreros", que vendía en pública subasta sus mercancías, según cita en su obra *León Africano*, 1220. Estas librerías fueron también talleres de encuadernación artesanal característica, de nombre "cordobanes", si no me equivoco.

"Las Partidas" de Alfonso X, dictan las recomendaciones al Rector del Estudio General (Universidad) acerca de los requisitos a exigir al estacionario (librero), para permitirle el alquiler de los ejemplares a los alumnos universitarios.

Durante el siglo XVI se iniciaron los Gremios de libreros, todos ellos bajo la advocación del Santo Patrón, San Jerónimo, que es algo en lo que todos los libreros europeos estamos de acuerdo. También en este siglo, durante 1502, se dictó la famosa "Pragmática" de los Reyes Católicos, regulando la censura para los libros, detallando las severas penas a imponer a los libreros que la incumplieran. Allí comenzó la fea costumbre de los legisladores de limitar, ordenar, articular y demás eufemismos del verbo prohibir, que tanto daño han hecho al libro y a su comercio. Menos mal que los libreros han hecho siempre buen uso de su imaginación y de sus picardías...

Les sugiero la lectura de un libro que ha salido hace unos meses: "Mercaderes de libros, cuatro siglos de historia de la Hermandad de San Gerónimo de Madrid". Su autor, Javier Paredes Alonso, ha rebuscado en el archivo de la hermandad, que se encuentra en la Parroquia de San Ginés, Madrid, para escribir una deliciosa Crónica de cuatro siglos de luchas por difundir el libro, por sortear las dificultades que siempre puso el poder establecido y entre libreros e impresores (editores). Nada es nuevo... La editorial de esta obra es la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, a través de Ediciones Pirámide.

Por cierto, quiero aprovechar este encuentro con ustedes para anticipar una pequeña primicia. Siempre se ha creído que el "Gremio de Libreros de Barcelona", fundado en 1553, era el Decano, seguido por el de Zaragoza cuya documentación inicial data de 1573. Pues bien, el Dr. Angel San Vicente Pino, profesor de Paleografía de la Universidad de Zaragoza, amigo de los libreros, ha encontrado en el "Libro de actos comunes", del Archivo Histórico de Zaragoza, en

las páginas correspondientes al día 5 de febrero de 1537, la escritura oficial de constitución de las ordinaciones del oficio de libreros y encuadernadores, con el patrocinio de San Jerónimo, en la Iglesia de Santa Engracia, siendo sus miembros los libreros de la ciudad, bajo la dirección de su maestro Bartholomé de Avila, en presencia de los jurados de la ciudad, pagando sus correspondientes tasas y dejando los sueldos necesarios para el aceite de la lámpara de San Jerónimo y para que le fueran dadas doce misas por cada librero fallecido". (Doce misas nada menos... ¡qué pecadores!) En cuanto salga al mercado la edición que está preparando, haremos pública nuestra condición de "cabecera de pedegree" (perdón por esta vanidad zaragozana).

Si leemos los catálogos de las bibliotecas de Jovellanos, Meléndez Valdés, P. Enrique Flórez, advertiremos que en ellas figuran muchas obras mencionadas en los "Índices de libros prohibidos" de su época. Ello significa, más o menos, que siempre hubo libreros dispuestos a sortear dificultades para poner obras interesantes al alcance de los intelectuales que las buscaban. Tengamos en cuenta que en la época de Carlos III el hecho de "pillar" libros prohibidos en una botica de librero suponía algo más que una sanción económica. Tengo un ejemplar de una Real Célula que determina la enajenación de todos los bienes del librero y de su familia así como la cárcel. En los casos de encontrar obras atentatorias contra el estado (realeza) o la religión católica, la cosa podía llegar hasta la prisión perpetua o incluso el destierro a perpetuidad. ¿Se puede correr tanto riesgo por dinero? Yo creo que el dinero no ha sido ni es ahora el principal impulso que mueve a los buenos libreros a la hora de su trabajo.

Hay un libro cuya lectura podría ser de interés para ustedes, si desearan conocer un poco mejor la "crónica" del oficio del librero en España durante la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del actual: Jean Francois Botrel (profesor de Lengua y Civilización españolas en la Universidad de Rennes, en la Bretaña francesa). El título es *La difusión du livre en Espagne, (1868-1914)*. Allí se estudia con rigor cuajado de anécdotas deliciosas, la actuación librera española, durante el periodo mencionado. Fue para mi emocionante ver una fotografía de la librería zaragozana en la que trabajó mi padre como aprendiz en los años treinta...

Esta obra ha sido editada por la "Casa de Velázquez". Sería bueno que fuese traducida al castellano... La bibliografía incluida al final de la obra es una excelente herramienta para los documentalistas.

2. La formación profesional de los librereros

Este tema ha provocado un síndrome especial en mi familia. Hubo una Escuela de librería de Madrid, cuya breve actividad durante los años 60 fue una positiva experiencia. Los cursos se impartían durante tres años, por las tardes-noches, en los locales de la Biblioteca Nacional destinados a la entonces llamada "Escuela de Documentalistas", de la que también salieron muchos bibliotecarios. El ministro Sánchez Bella, de Información y Turismo, de "gloriosa" memoria, cerró la Escuela de librereros sin que se conozcan todavía las causas de tal decisión (me las temo...). Desde entonces, no hay estudios oficiales de librereros, supone que buena parte de los que ejercemos tan noble oficio seamos "auto-didactas", más o menos, con lo que ello implica...

Algunos hemos podido asistir a cursos del "Cercle de la Librairie" de París, o a Seminarios organizados por la sección de enseñanza a librereros del "British Council". Hay excelentes Escuelas de librereros en Frankfurt, Amsterdam, Zürich, Viena, Bruselas, Estocolmo, Copenhague, capaces de conceder diplomatura universitaria a sus alumnos. En España no es posible. Los miembros responsables de este área en la Confederación de librereros españoles estamos ya aburridos de hablar con ministros de Educación y de Cultura, para intentar convencerles de la conveniencia de regular la enseñanza profesional de la librería. Lo hemos explicado reiteradamente desde hace 15 años, sin resultado positivo. Eso sí, hemos sacado siempre bellas palabras de elogio a nuestro oficio. ¿Será cierta esa frase mal intencionada que dice que al poder político no le gustan mucho las buenas librerías? Cualquiera sabe...

Pensamos hace ocho años en la posibilidad de que nuestro trabajo se estudiase en la Formación Profesional administrativa, 2ª ciclo, como una especialización. No hubo manera...

Se nos ocurrió que podría ser a través de la U.N.E.D.... ¡qué disparate!

Ahora lo estamos proponiendo como una derivación, diversificación o ampliación de los estu-

dios en las Escuelas Universitarias de Biblioteconomía y Documentación. ¿Por qué no? La mayoría de las asignaturas son comunes y tan sólo habría que añadir algunas disciplinas propias de la gestión comercial y empresarial. El "Fondo Social Europeo de la C.E.E." nos ha prometido ayuda.

Lo que me parece imprescindible es que los librereros evitemos la "Torre de Babel" actual. Cada uno cataloga y clasifica como le viene en gana, más por ignorancia que por espíritu "ácra" o individualista, que también lo tenemos por cierto... Algunos colegas ignoran las reglas de catalogación y son complicadas las comprobaciones de las existencias en bibliotecas de obras anunciadas por librereros en sus catálogos ya que pueden ordenarlos alfabéticamente, por ejemplo, en "Anónimo" en aquellos casos en los que no se encuentra el autor... Creo innecesario insistirles en la conveniencia de normalizar los criterios de redacción de las fichas y de las ofertas bibliográficas.

El librerero no pretende ser un intelectual, pues reconoce su humilde condición de comerciante. Pero es cierto que comercia con un noble producto cultural, elemento imprescindible para el desarrollo de las naciones y de sus habitantes. Las bibliotecas y las librerías han sido y siguen siendo elementos necesarios para la difusión de la cultura, (UNESCO). Ello obliga a los librereros a cuidar al máximo su formación profesional para lograr una mejor presencia de los librereros en nuestra sociedad. Si para vender gafas hay que estudiar óptica, colegiarse y llamarse óptico diplomado... ¿Qué no hará falta para vender un producto en el que se encuentran las distracciones, las memorias de la historia" las ciencias, la fe, y toda la alegría y la tristeza del ser humano?

3. El librerero ante la sociedad

3.1. La librería, ¿empresa comercial o centro cultural?

El libro permite conocer las ideas sin la ayuda de maquinaria sofisticada. Simplemente, la mano o el atril, la luz del día o eléctrica y, quizás las gafas o lentillas. Sobre todo ello, nuestro cerebro que, con su imaginación nos transporta al mundo mágico del texto impreso. Basta con cerrar los ojos y despertar nuestro ingenio para que la palabra se convierta en imagen, rompiendo las leyes de las modernas tecnologías.

Afirmo que el verdadero librero vocacional ajerce un noble y bello oficio. No conozco a persona que opine lo contrario. Las personas que difunden el libro suelen ser personas agradables, como escribió don Julio Caro Baroja.

Toda moneda tiene su reverso y todo oficio conoce sus servidumbres y exige sacrificios. El librero es un comerciante y un empresario de variada dimensión. Como tales, no escapa a las leyes de la economía. Debe gestionar sus empresas cuidando sus existencias, pagar bien al personal laboral y a sus proveedores y el legislador no le libra de las obligaciones fiscales. Debe garantizar a sus clientes unos servicios variados y costosos pedidos de libros especializados y/o difíciles búsquedas bibliográficas. Ha de pensar en tener no solamente los libros de éxito entre el "gran público", sino aquellos de venta reducida, pero imprescindibles en toda librería que se precie de tal. Los "stocks" de las librerías suponen un inmovilizado financiero que grava la tesorería. Añadamos labores administrativas que colman de aburrimiento y que envuelven literalmente en papeles. Conocer un poco de todo y procurar responder a todas las peticiones, por complejas que sean. La capacidad de asombro de un librero ante los temas que se le plantean supera cimas bien altas...

El buen librero debe aceptar en silencio los reproches de quienes opinan que el libro es caro..., a pesar de que no es el librero quien fija su precio. Incluso cuando afirman gratuitamente que "los libreros ganan demasiado dinero, para lo poco que trabajan". Recuerdo lo que me costó guardar silencio una vez que me lo dijo un notario... La vida de los libreros está plagada de anécdotas como lo están de pecas las caras de los niños pelirrojos...

El buen librero es, por derecho propio, un difusor dinámico del libro. Valiéndose de medios tradicionales y de los modernos sistemas informáticos, ha de vender, sin esperar pasivamente a que vengan a comprar en su librería. Ha de sacar los libros a la calle, en Ferias y Exposiciones o mediante buenos catálogos, para acercar los libros a quienes no han descubierto aún el placer de la lectura. Un placer "casi pecaminoso"... Estas ideas nos convierten en "rara-avis" animales en peligro de extinción, con la diferencia de que yo no quiero que seamos "especies protegidas". El poder protector anula parte de la independencia del "protegido", como ya conocen ustedes por las biogra-

fías de artistas que se colocaban al amparo del poderoso de turno. No pretendo comparar los libreros con los artistas; tan sólo artesanos más o menos eficaces.

Un buen librero malagueño, proponía que los libreros fuéramos "envenenadores culturales" (lo decía medio en broma, pero en serio). Un concejal del Ayuntamiento zaragozano, en un Congreso de libreros, se atrevió a decir muy serio que los libreros podríamos cerrar las librerías y convertirnos en "animadores culturales", visitando pueblos y barrios donde se lee poco para invertir la tendencia... Se produjo un silencio en el salón de actos del que no me he recuperado todavía. Yo creo que ante el dilema de "la librería ¿empresa comercial o difusora cultural?" la única respuesta es "las dos cosas y a la vez". Crear trabajo y ¿por qué no? generar beneficios, a la vez que se presta un servicio cultural a la sociedad. Añadamos a ello un detalle que enlaza con la vocación de los libreros: "la filosofía de la vida, por más elucubraciones, retóricas y pataletas que se le echen, tienen una conclusión inexorable: El derecho de cada persona a disfrutar, espiritualizar y apurar la propia existencia en aquello que le produce felicidad". Aquí si que quiero recordar la distinción que he planteado al comienzo entre "puntos de venta de libro" y "librerías".

3.2. *¿Cómo nos ve el Público que nos visita?*

En estos tiempos la "imagen" (el "look") de las personas, instituciones, empresas o profesiones se ha convertido en algo que es cuidado casi como el "honor" calderoniano. Yo me temo que los libreros no tenemos buena imagen en la sociedad española. Por un lado, se mete en el mismo "saco" a todos los que comercian con el libro y ello nos vapulea a todos. De los 25.000 puntos de venta que pagan Licencia fiscal de "libros", tan sólo unas 300 librerías merecen tal nombre. Como pueden suponer la desproporción hace que predomine en la mente de los ciudadanos españoles la historia/histeria de los libros de texto de comienzo de curso, el hecho de asociar libro con papelería y la frase cómoda de "está agotado" en lugar de "no lo conozco". Como si hubiera que conocer todos los cientos de miles de libros impresos, existentes en todo el mundo...

Los libreros reconocemos con humildad que estamos cerca del "farolillo rojo" a la hora de evaluar la consideración del público por las pro-

fesiones u oficios. Nos queda el consuelo fraterno de que tampoco los bibliotecarios ni archivistas son respetados suficientemente por el medio que les rodea. No entro en detalles que ustedes bien conocen... Lo único que se me ocurre es hacer cada uno su trabajo lo mejor que sepa y pueda, con cariño y entrega a la profesión. Quizás de esta manera la imagen "individual" mejore y logre generar corrientes de simpatía hacia la profesión librera. Me acuerdo ahora de un dicho latino que fue el "slogan" de los pilotos británicos de la R.A.F. "Per ardua ad astra". Puedo enlazarlo con la respuesta de Ramón y Cajal, premio Nóbel de Medicina, cuando le preguntaron por la clave del éxito: "Trabajo y perseverancia" fue su lacónica respuesta.

3.3. El descuento en la librería

En cuanto algo se convierte en costumbre, lo opuesto se convierte en raro, aunque no lo sea. Esta "perogrullada" explica por qué a muchas personas de este país les parece normal dejar propina en bares y restaurantes, cuyos precios son libres, y pedir sistemáticamente descuento en las librerías, cuyo beneficio los fija el editor. Normalmente, las librerías trabajan con un margen de beneficio bruto que se sitúa entre el 25% y el 35% del precio de venta al público. De este importe han de salir los gastos generales del negocio, cuya banda se encuentra entre el 16% y el 21%, según un estudio realizado por la Federación de Editores para el Congreso de libreros de Mallorca.

Los libros han mantenido su nivel proporcional de precios, si tenemos en cuenta el precio medio del libro en España y el incremento real de la renta per cápita del ciudadano español. (Estudio realizado por un equipo de economistas dirigido por el prof. Tamames en 1986 para el Congreso de libreros de Sevilla). (Ponencia sobre "la Economía de libro en España" que allí se presentó).

Culpa de la generalización del descuento la tenemos los libreros, abrumados por la competencia de las ventas directas de editores y distribuidores. No me duelen prendas; mejor dicho "si me duelen" al reconocerlo. Bendigo la hora en la que mi padre decidió, en el año 1967, que nos quitaríamos el libro de texto y que suprimiríamos todo descuento en la librería, aunque ellos nos pudiera suponer la pérdida de algunas operaciones.

La actitud desleal en este aspecto hace que nos merezcamos un buen "tirón de orejas".

IVA

Tan sólo 30 segundos para expresar en voz alta mi desagrado por el hecho de que España grave con un 6% el precio de los libros (12% microformas). Ello supone un impuesto a la lectura. Aplaudo la decisión de Italia, Grecia, Portugal, Gran Bretaña, Irlanda y pronto Francia: IVA cero para el libro.

4. La librería anticuaria

4.1. ¿Profesiones distintas o complementarias?

Dejemos temas espinosos para entrar en una faceta librera que colma de satisfacciones a quienes la ejercemos y a buena parte de quienes nos visitan. La librería anticuaria. Como ustedes ya conocerán, el libro antiguo se distingue del llamado "de lance" por el hecho de tener más de 100 años, aunque los dos son libros "usados". No voy a extenderme en definiciones de cosas que ustedes conocen mejor que yo.

La librería anticuaria es un mundo propio dentro del mundo del libro. Hay un común denominador, el libro, pero sus actuaciones de compra y de venta son diferentes. En la librería anticuaria los proveedores no son editoriales o distribuidoras, sino, en su mayoría, particulares que les ofrecen obras o bibliotecas completas.

Otra característica diferenciadora es el hecho de que las librerías anticuarias suelen girar en torno a una persona (raramente superan los puestos de trabajo la media docena de personas). Ese mundo se rige por unos usos y costumbres, casi "ritos", más propios de siglo XIX que del tiempo en que vivimos. Los libreros anticuarios españoles forman un mercado individualista, cerrado en sí mismo, cuyas características son: un buen librero, casi siempre bibliófilo. Su erudición sobre la historia del libro y de la imprenta le convierte en experto conocedor de la materia, en contraste con el hecho de que suelen ser personas cuyos conocimientos sobre otras áreas culturales es mucho menor. A veces se añade a estos ingredientes, unas gotas de "bibliomanía", cuyas rarezas y fetichismos podrían ser motivo para una tesis en Psicología. El oficio de librero anticuario requiere un largo aprendizaje, casi siempre como alumno meritorio (insisto en la falta de estudios profesionales de la librería). Hay una verdadera

"fobia" de los libreros anticuarios a escribir normas o manuales sobre su profesión. Son artesanos que prefieren el trabajo en su tienda a un ritmo más sosegado que el de sus "parientes" del libro nuevo. Tan sólo algunos libreros anticuarios, han escrito sus memorias y de ellas sacamos los "aprendices" sus enseñanzas. Guardo como "oro en paño" los ejemplares que tengo de las memorias de Kraus y Rosenthal, entre los extranjeros y de Palau y Barbazán entre nuestros colegas españoles.

Lo que sí tienen claro los libreros anticuarios es el mantenimiento de algunas claves, que permiten reconocerse, aunque uno quiera pasar "de incógnito". Recuerdo en la mítica calle "Charing Cross" de Londres, donde me dediqué a comprar libros antiguos y me quedé enamorado de una preciosa edición de Franco Manuzio (hijo de Aldo, el Veneciano del "incunable del Polifilo"). Llego el momento de "ajustar el precio", eufemismo de regatear, y me quise pasar de listo para lograr un mejor precio. El librero, un encantador viejecillo, me sonrió, me invitó a un té y me dijo que entre colegas había que tratarse bien "recíprocamente". Ingenuamente le pregunté que cómo me había reconocido. Con una sonrisa dijo un lacónico "llevo muchos años de oficio y he visto cómo tomaba ustedes el libro, lo abría y pasaba las hojas". Me desarmó por completo. Tras tomar una taza de un delicioso "Earl Grey", me sacó de la "trastienda" otras buenas piezas, que por poco me arruinan. Regresé de Londres con el "Manuzio" en la cartera, sin atreverme a meterlo en la maleta.

Volvamos a la librería anticuaría en España y perdonen por contarles parte de mi vida y milagros...

Los libreros anticuarios tienen un "argot" distinto de los libreros de nuevo, con los que nada quieren compartir, ni siquiera las asociaciones gremiales... No se trata solamente de que sepan lo que son "nervios en lomera", " encuadernación fatigada", "tejuelo"; es que su lenguaje se enriquece con unas "claves" que no encuentro entre mis colegas del libro nuevo. Supongo que cada profesión tiene su "lenguaje peculiar", pero en este caso, me parece a mí, que no es tanto una herramienta de comunicación, sino un método de diferenciarse de los demás mortales. ¿Han escuchado ustedes una conversación entre libreros anticuarios? Si alguna vez son testigos, notarán

eso que no logro explicar bien por palabras. Su mutuo recelo, cariñoso a la vez que filtrador de información útil para el colega; su deseo de quitar importancia a lo que tienen, aunque haya librerías anticuarías en España, cuyo inventario supera los 60 millones de pesetas, de precio de coste...

El concepto del tiempo en una librería anticuaría es también diferente del que se aprecia entre los libreros de nuevo. No suele haber agobios ni aglomeraciones... ¿Han visto ustedes la película titulada "La última carta" o "La carta final"? Sus actores principales son Anthony Hopkins y Anne Bancroft y fue rodada en 1985, creo. Trata de la relación epistolar entre un librero anticuario de Charing Cross Road (Londres) y una apasionada lectora judía residente en Nueva York, probablemente dedicada a la crítica literaria o periodista. Si tienen ocasión de verla hagan lo posible por que no se les escape...

Volvamos a los libreros anticuarios: huyen de toda suerte de publicidad y al revés de lo que suele suceder en el mercado de cualquier producto, lo más difícil para ellos no es vender, sino comprar. Es frecuente que quien les ofrece obras encuadernadas en pergamino las llama "incunables" o "príncipes", aunque sean tratados de teología del siglo XVIII, sin gran valor material ni académico. Es cierto que algunos libreros anticuarios abusan de la ignorancia de los herederos de tal o cual bibliófilo o de las discrepancias entre ellos para cobrar cuanto antes la herencia. Me duele reconocer que a veces se compran por cuatro perras buenas bibliotecas, que han sido acumuladas con esfuerzo y cariño. Esto es debido, en buena medida, a la resistencia a pedir una peritación previa a personas expertas, por ejemplo bibliotecarios o libreros de otra localidad que fijen unos mínimos y máximos del valor económico de la biblioteca en cuestión.

He comenzado este apartado de mi charla esbozando la pregunta de si son profesiones complementarias la de los libreros de nuevo y los anticuarios. Todo lleva a pensar que deben seguir por caminos paralelos, sin coincidir jamás, pues eso sería lo lógico. Pues, a pesar de esta afirmación, yo, que soy algo heterodoxo, decidí complementar lo uno y lo otro y me siento feliz formando parte de un "triángulo amoroso" entre mi vocación empresarial y mi pasión casi libertina (por otra parte, es el único triángulo amoroso

de mi vida). Es probable que en un futuro, más o menos lejano, me dedique solamente a la "pasión" y deje la "empresa" en otras manos... pero eso es otra historia.

Para darles idea de las deliciosas anécdotas que puede vivir un librero anticuario, les contaré una sola, para no aburrirles ni fatigarles: una vez encontré una tarjeta entre las páginas de una obra impresa en Edimburgo durante la primera mitad del siglo XVIII, cuyo título era, más o menos, "Comentarios al libro VI de los elementos de Euclides". Me llamó la atención el olor que salía de ese libro al pasar sus hojas y encontré que la causa del aroma era la tarjeta proponiendo un encuentro amoroso secreto y la nota manuscrita de aceptación en el mismo billete, que había sido perfumado. El amante, romántico y evocador debió decidir guardar la tarjeta que tantos recuerdos le traía en un libro poco consultado por otros miembros de su familia. A eso le llamo yo "amar la geometría euclídiana ...".

4.2. El libro antiguo como inversión

¿Qué relación hay entre el dueño y sus libros? ¿Cultura? ¿Evocación de otras personas o situaciones? ¿Decoración? ¿Negocio? ¡Cualquiera sabe! Parte de los beneficios que obtienen algunas personas no se debe al trabajo cotidiano, sino a la especulación con fincas, pisos, valores en bolsa, piezas de arte y ¿por qué no? con libros.

Tener un millón de pesetas en dinero negro en depósitos "B" es arriesgado y no produce beneficios hasta que se "blanquea". Tener esa misma cantidad en libros como el Quijote impreso por Ibarra u otras obras de gran estima es más discreto y es un valor más seguro que el mejor de la bolsa de Nueva York. Ello supone una mayor demanda de "piezas" de gran calidad.

Lo mismo sucede con las obras de tema local o regional, cuyo valor material se ha triplicado en los últimos diez años.

Hay bibliófilos inversionistas que buscan obras relacionadas con un tema concreto, como es el caso de una biblioteca privada existente en el pueblecito manchego de El Toboso, que se ha convertido en la mejor colección privada de ediciones del Quijote del mundo. (Asociación de ideas...). En otros casos, yo conozco uno concre-

to, se buscan ediciones de tal o cual impresor. (La que he citado es una magnífica colección de trabajos de Ibarra o de su viuda). Otras veces se buscan ediciones de tal siglo o impresas en una ciudad determinada ... Esta es una magnífica inversión, como ya he dicho, pero con dos serios inconvenientes:

a) Su incremento de valor patrimonial es tan solo teórico, pues conozco poquísimos casos de bibliófilos inversores que hayan sido capaces de tomar la decisión de vender parte o, menos aún, toda su biblioteca, para "realizar beneficios", como se dice en el argot bursátil. El vínculo que se establece entre los libros y sus dueños, si estos son bibliófilos, es tan indisoluble como pueda ustedes imaginar. (Lo usual es que esa "inversión" la rentabilicen los herederos, que no salen de su asombro cuando reciben el importe de los libros del antecesor, si es que los han sabido vender adecuadamente).

b) El segundo inconveniente que le encuentro a estas "inversiones" en libros antiguos es de índole cultural. Se supone que los libros deben ser leídos y disfrutados por muchas manos. El inversor temeroso de que le roben su patrimonio, suele ser poco amigo de enseñarlo, si no lo esconde en cajas acorazadas en una entidad bancaria. ¡Qué tristeza me dio saber que un bibliófilo inversor tiene sus libros "en prisión" por temor a perderlos! Ni los disfruta, ni permite que esas joyas sean admiradas por otras personas... El perro del hortelano...

Sobre la inversión en libros antiguos deseo añadir tan solo una idea para que ustedes la tengan presente, si quieren...: Cuanto más avancen las microformas y su derivación hacia el "microchip", la lectura a través de pantalla y los libros como "objeto para el consumo masivo" más se revalorizará el valor material de una bella edición de Plantino, Moreto o Manuzio. Y no digamos los felices poseedores de algún incunable... Hace unos meses me ofrecieron una bella edición de la "Ética a Nicómano" de Juan Huru (Zaragoza) (1492), no registrado en la bibliografía de Sánchez (sí en Haebler), a un precio de "inicio de conversación" capaz de cortar la respiración a cualquiera. En esto de la inversión en libros antiguos sucede como en la caza: hay caza mayor (elefantes, osos) y hay caza menor como perdices y liebres. ¡Pobres animales!

5. La librería ante el futuro

¿Es la librería un oficio con futuro o es una profesión para el recuerdo como la del guarniciero? Yo creo que depende de lo que hagamos los libreros, únicamente...

La librería tendrá futuro, y un futuro excelente, si somos capaces de aceptar las innovaciones tecnológicas y no consideramos blasfemo el hecho de trabajar con otros soportes bibliográficos, aunque el tradicional del papel nos agrade más. No podemos estar contra la corriente y es evidente que otros sistemas y soportes de la información están ya en el mercado. Desde el código de Hammurabi hasta hoy, el libro ha ido cambiando los materiales que lo conforman. ¿Alguien cree que los rollos del Mar Muerto que forman parte del Antiguo Testamento no son "libros"?

¡Bienvenida sea la "mutación" hacia los soportes alternativos, si es civilizada!

Únicamente me preocupa si confundimos "leer" con "ver", ya que la lectura a través de una pantalla se llama visión y no requiere apenas trabajo imaginativo, excepto si se trata de texto sin apoyo de otras imágenes. Temo las consecuencias psicológicas del incremento de la "visión" en detrimento de la "lectura". Ello preocupa mucho en la Federación Internacional de Libreros, en cuyo próximo Congreso Mundial, Washington-Mayo-89, tocaremos monográficamente este tema, con asistencia privilegiada de representantes de la A.L.A. y de UNESCO.

Con estos condicionantes, el futuro de la librería es, en mi opinión, excelente. No me gusta el ambiente de pesimismo que me rodea, por parte de colegas que no han pensado en la especialización librera. Ante la gran abundancia de obras nuevas cada año y por la exigencia de un servicio más complejo hacia nuestros clientes, la especialización es la "reconversión" de la librería. El único camino hacia el futuro prometedor. En unos casos, será en Ciencias Biológicas, otros preferirán la Historia; yo decidí algo tan dispar como la Biblioteconomía y las Matemáticas... (¡Bendita hora!) cada cual tendrá que analizar el mercado, sus posibilidades y su vocación. No es bueno olvidar ese ingrediente para el éxito. Yo no creo que este oficio se acabe, ¡ni muchísimo menos!

Ya saben ustedes que el ser humano es un dios cuando sueña y un cretino cuando hace pro-

nósticos. A riesgo de ser un cretino, yo sueño con una mayor presencia del libro en la sociedad europea, en unos soportes y en otros, y un excelente mercado para aquellos libreros que sean capaces de usar gafas bifocales, (ahora se llaman progresivas), capaces de mejorar la visión de los asuntos inmediatos y de permitir contemplar con claridad las situaciones de la larga distancia.

Me hubiera gustado dedicar unos minutos al tema de los robos de libros antiguos en las librerías, tan próximo al de los robos en bibliotecas públicas, pero hacer un mayor abuso de su paciencia sería impertinente. Otra vez será...

Para terminar, me gustaría hacerlo con unas palabras del poeta Virgilio, no pensadas para libreros, pero que yo me tomo la licencia de usarlas en este caso, con permiso de ustedes: "qué felices serían los humildes campesinos si supieran lo felices que son..."

Muchos colegas míos no son felices, simplemente porque no lo saben.

Bibliografía

A.S.F.O.D.E.L.: *El oficio de librero*, Madrid, Editora Nacional, 1978.

BOIXAREU GINESTA, J.M.: *La lectura, el librero*, Barcelona, Marcombo, 1982.

CASTRO FARIÑAS, J.A.: *El librero y su mundo*, Madrid, Paraninfo, 1963.

CENDAN PAZOS, F. et al.: *La librería: manual de gestión*, Madrid, C.E.G.A.L., 1988.

Cuadernos para el Diálogo, número extraordinario, "Que trata de los libros y su industria, las censuras, las culturas... etc.". nº XXXII, diciembre, 1972.

KRAUS, H.P.: *A rare book saga*, New York, Putnam, 1978.

Manual del librero, Buenos Aires, Bowker Argentina, 1968.

MARAÑÓN, G.: *El libro y el librero*, Madrid, Espasa Calpe, 1973.

MARCOS PINO, H.: *Gestión y administración de la librería*, Madrid, Paraninfo, 1970.

PAREDES ALONSO, J.: *Mercaderes de libros*,

Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1988.

POL ARROJO, J.: *El libro y su comercialización*, Madrid, Paraninfo, 1970.

PUIGVERT, A.: *Organización general de la librería*, Madrid, Paraninfo, 1970.

REDONDO VEINTEMILLAS, G.: *El Gremio de Libreros de Zaragoza y sus Antiguas Ordinacio-*

nes, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1979.

RUIZ LASALA, I.: *Mis recuerdos de librero*, Zaragoza, El autor, 1970.

Venta al por menor en la década de los noventa. (Informe patrocinado por la Asociación de Libreros de Gran Bretaña e Irlanda), Madrid, C.E. G.A.L., 1988.